El Centinela

INFANCIA Y JUVENTUD, p. 3

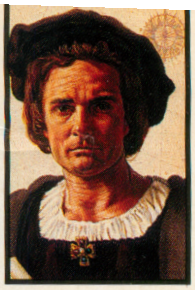
MINISTERIO PUBLICO, p. 5

JESUS
UNA VIDA MARAVILLOSA

Número Especial de Semana Santa

Cambiaron el Mundo

EDITORIAL



LARS JUSTINEN

CRISTOBAL COLON es un personaje muy controvertido.

Desde que el Almirante murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506, se ha discutido intensamente sobre cuál fue el lugar de su nacimiento y dónde yacen sus restos, cuál fue su lengua, su formación cultural, el origen de su proyecto descubridor, sus andanzas anteriores a 1492, el año de su arribo a La Rábida... casi todo. La suya es una vida cargada de misterios y de posibles desafíos para el historiador.

No pretendemos ahora aclarar las dudas sobre la biografía de Colón, la mayoría ya resueltas. Lo que en este momento queremos destacar es que Colón ejerció una influencia revolucionaria, poderosísima, en nuestro mundo.

Hasta un historiador revisionista como Adolfo Colombres llegó a reconocer que "no se puede negar que la llegada de Colón a América fue uno de los acontecimientos más importantes de la historia humana, cuyos significados profundos no se terminaron aún de conocer... Gracias a él, el pensamiento científico ganó terreno frente al mágico-religioso, alentando el espíritu renacentista. Al probar, entre otras cosas, la redondez de la Tierra, puso en crisis los modelos del mundo medieval".[1]

Pero Colón no fue el único que cambió el mundo con su genio visionario y su terca voluntad.

Varios de sus contemporáneos dejaron también una huella honda en la historia de la humanidad: Gutenberg con la imprenta, Miguel Angel y Leonardo da Vinci en las artes, Martín Lutero con la Reforma religiosa, Copérnico en la ciencia...

Todos ellos –y tantos más a lo largo de la historia que el espacio impide nombrar– realizaron cambios profundos y duraderos en nuestra cultura. Aplicaron su talento creativo a diferentes áreas del saber, y todavía estamos cosechando los frutos de su esfuerzo generoso.

Pero en comparación con Jesucristo, los hombres y mujeres de todos los tiempos se reducen a la insignificancia. Como el musgo ante el árbol gigantesco. Como el cerro inofensivo ante la montaña imponente. Como el hilillo de agua ante la vastedad del mar sin orillas...

¿Por qué Jesucristo es incomparable? ¿Por qué suscita como nadie sentimientos de adoración leal y de amor devotísimo?

Jesús, y sólo Jesús, es plenamente Dios y plenamente hombre. Como divino, posee vida en sí mismo, es eterno, omnisapiente y omnipotente. Como humano, tomó nuestra naturaleza, aunque sin pecado, y se identificó con nuestros dolores y debilidades a fin de comprendernos y socorrernos.

Jesús, y sólo Jesús, desarrolló un carácter equilibrado y perfecto. Muchos hombres se destacan por una virtud llamativa: Moisés por la mansedumbre, Job por la paciencia, Juan por el amor. En Jesús encontramos todas las virtudes, plenamente cultivadas.

Jesús, y sólo Jesús, mostró su señorío sobre la enfermedad, sobre las tormentas, sobre los demonios, sobre el pecado, sobre el diablo, sobre la muerte. Unicamente él pudo decir: "Yo soy la resurrección y la vida".

Jesús, y sólo Jesús, murió en una cruz en lugar de los pecadores y resucitó al tercer día para abrirnos las puertas del Paraíso.

Sólo Jesucristo es el Salvador misericordioso, el Amigo fiel, el Consejero sabio, el Consolador eficaz... ¿Cómo no amarlo para siempre?

Desde que Cristo llegó a esta tierra, el mundo fue diferente.

La influencia de su vida y de sus enseñanzas despertaron los sentimientos más nobles y las acciones más meritorias de la raza humana. Hospitales, orfanatorios, servicios de beneficencia, cruzadas misioneras... surgieron en virtud del espíritu de Cristo obrando en el corazón de hombres y mujeres comunes.

Inspirados en Jesús, los artistas crearon sus mejores obras: oratorios y misas sublimes, cuadros y esculturas magníficos, versos incomparables.

Lo más importante de todo es que Cristo cambia la vida de los seres humanos.

Zaqueo conoció a Jesús y dejó a un lado su egoísmo y su avaricia para dedicarse a servir a los demás.

Pedro fue tocado por el Maestro y venció su impulsividad y presunción, para llegar a ser un apóstol poderoso y humilde.

María Magdalena, dominada por los demonios de la sensualidad y la desesperación, se encontró con el Salvador y recibió perdón, paz y restauración.

Y así podríamos mencionar un milagro tras otro del amor redentor de Jesucristo, que ha alcanzado a millones de personas. A todos los que han aceptado con fe su gracia salvadora.

Apreciado lector, Jesús no sólo ha cambiado el mundo. El también puede y quiere cambiar su vida y la mía. ¿Se lo permitiremos?

Deseamos que este número especial sobre "Jesús: Una Vida Maravillosa", contribuya a que tengamos un encuentro de fe con Jesucristo. Un encuentro que transformará nuestra existencia presente y nos dará acceso a la vida eterna.—T.N.P.

---

(1) Adolfo Colombres, *A los 500 años del choque de dos mundos* (Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1989), p. 36.

EL CENTINELA (ISSN 8750-4308). Published monthly by Pacific Press Publishing Association, 1350 North Kings Road, Nampa, ID 83687, U.S.A. Subscription rate $9.50 a year. April 1992, Vol. 96, N.º 4. Second-class postage paid at Nampa, ID. POSTMASTER: Send address changes to EL CENTINELA, P.O. Box 7000, Boise, ID 83707.

Infancia y Juventud

Dra. Lourdes E. Morales-Gudmundsson

EN 1959 el norteamericano John Howard Griffin se propuso oscurecer su piel con medicamentos y tratamientos con una lámpara bronceadora, para poder entender mejor lo que era ser un hombre de color en el sur de los Estados Unidos. Viajó por todo el sur con resultados sorprendentes. Dondequiera que iba, fue tratado casi inhumanamente. Había vehículos a los que no se le permitía subir; restaurantes, hoteles e inclusive baños públicos que no lo admitían. Cuando regresó a su casa se sentó para escribir su impactante libro *Negro como yo*, que sacudió la conciencia colectiva de todo un país.

Este experimento nos recuerda lo que significó el nacimiento de Jesús en esta tierra. Nos podríamos preguntar por qué se arriesgó Dios a hacerse bebé y sujetarse a todas las peripecias e indignidades de la infancia y niñez humanas. La respuesta radica en que Cristo había de padecer todo, inclusive la debilidad y dependencia de un niño humano, para vivir y superar en la carne el efecto del pecado en cada instancia de la vida humana. Dios, en su eterno e inescrutable amor, se quería identificar con la humanidad para entender más de cerca las tribulaciones de quienes había venido a salvar.

La autora es profesora de Español y de Literatura en la Universidad de Connecticut, y colabora frecuentemente con EL CENTINELA.

Aparte de los datos milagrosos que rodean el nacimiento y la infancia de Jesús, sabemos poco acerca de este período formativo de su vida. En ninguna parte de las Escrituras se nos dice, por ejemplo, que a Jesús se le hubiera dado una educación en las escuelas rabínicas. Tenemos que suponer que sus padres le enseñaron en casa. De especial importancia debió ser la labor de María en la formación de los conocimientos bíblicos del niño, puesto que a la madre hebrea le tocaba guiar a sus hijos en todo lo que fuera su instrucción temprana.

En el caso de Jesús, siendo que nunca asistió a las escuelas formales de su tiempo, el papel de una madre no sólo devota sino bien instruida en la Palabra de Dios, debe servir de modelo para toda madre que aspira a cumplir su deber y destino como tal. No bastaba que María supiera cocinar y coser para ser la madre de Jesús: debía entender cabalmente los principios de la salvación y practicarlos en su propia vida, no sólo para su edificación personal, sino para la instrucción de su familia. Se trasluce el efecto de aquella crianza en la observación de San Lucas: "Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres".[1] Aquí se revela que Jesús se iba desarrollando con salud física, fortaleza intelectual y vigor espiritual, las tres dimensiones claves del ser humano. A su vez, se nos sugiere que la vida de Jesús no era todo estudio y meditación, puesto que el desarrollo físico depende de una dieta saludable y el ejercicio físico.

En su libro sobre la vida de Jesús, Elena de White observa que "con profundo interés, la madre de Jesús miraba el desarrollo de sus facultades [las de Jesús], y contemplaba la perfección de su carácter. Con deleite trataba de estimular esa mentalidad inteligente y receptiva. Mediante el Espíritu Santo recibió sabiduría para cooperar con los agentes celestiales en el desarrollo de este niño que no tenía otro padre que Dios".[2] Asimismo, toda madre y todo padre tienen el privilegio de tener la ayuda divina en la crianza de los hijos en los caminos de Dios.

Acerca de su juventud, sólo sabemos que a los doce años, estando en Jerusalén con motivo de la Pascua, Jesús se sintió atraído por las conversaciones de los doctores de teología en la sinagoga y se acercó a ellos para escucharlos. No sabemos cuánto tiempo se habrá quedado sentado escuchándolos argüir sobre puntos minúsculos de la ley de Dios, tal como era la costumbre de estos líderes religiosos, pero lo cierto es que Jesús no pudo quedarse callado. Con toda la ingenuidad de un niño, pero con la perspicacia de un entendido en el sentido espiritual de la ley, Jesús empezó a hacerles preguntas a los doctores. Allí, trabado en profunda conversación con los rabinos lo encontraron sus padres, "sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles". Dice San Lucas que los maestros "se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas".[3] ¿No era para esto que Jesús había venido a la tierra, para dar a conocer el verdadero significado de los actos de Dios en favor de la humanidad?

Los doctores pretendían encontrar la verdad acerca de Dios en sus argumentaciones y disputas inútiles. Pero Jesús, preparado por una madre piadosa y guiado por el Espíritu Santo, descorrió el velo que habían erigido estos hombres para revelarles las profundidades insondables del amor divino. Se pasmaron de que se les hubieran escapado semejantes percepciones; que ellos, con todo su entendimiento, no hubieran podido ver en los textos bíblicos lo que un niño les explicaba tan sencillamente.

Desde luego que Jesús no era un niño cualquiera. Pero no debemos pensar que por ser humano y divino a la vez tuviera Jesús alguna ventaja sobre nosotros. Un estudio cuidadoso de las Escrituras nos revela que Jesús dependió, no de su divinidad, sino de sus largas horas en comunión con su Padre para hacer frente a las tentaciones que lo rodeaban. Esa disciplina –aprendida por precepto y ejemplo de sus padres humanos y no mediante alguna ventaja sobrehumana– es lo que hizo posible el cumplimiento de su misión en la tierra, y es lo que nos garantiza a cada uno de nosotros una vida espiritual llena de victorias. ◊

(1) S. Lucas 2:52. (2) Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 49. (3) S. Lucas 2:46-4.

ILLUSTRATIONS FOR PAGES 3 TO 13 BY DARRELL TANK

Bautismo y Tentaciones

Lic. Johnny Ramírez

SE TRATABA de un carpintero de unos 30 años de edad. Procedía de Nazaret, uno de los lugares de peor fama de la Palestina del primer siglo,[1] y ahora solicitaba ser bautizado por su primo Juan. Este, quien conocía la identidad divina del Nazareno, resistió su pedido. Con humildad dijo: "Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?"[2] Respondiendo a tal demostración de reverencia y admiración, el galileo declaró: "Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia".[3]

Ante la resistencia de Juan, Jesús esgrimió el tema central de su ministerio: Sumisión a la dirección y voluntad del Padre. Cuando niño, había usado este argumento para rebatir el reproche de sus padres terrenales al quedarse en el templo. "¿Por qué me buscabais? –había dicho– ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?"[4]

Jesús dedicó su vida en este planeta a cumplir la voluntad de su Padre. Su petición a Juan resultaba singular, pues él era sin pecado y no necesitaba ser bautizado. La Biblia declara que Jesús, aunque fue tentado, nunca pecó.[5] A diferencia de Jesús, quien fue bautizado sin necesitarlo, nosotros hemos de ser bautizados para salvación.[6] Lo que Jesús quería era establecer un ejemplo y cumplir toda justicia. El fue nuestro modelo en todo, incluyendo el bautismo; pero el elemento humano generalmente resiste al divino, y así pasó con Juan. Pidió ser bautizado por Jesús, en vez de bautizar él a Jesús.

El registro bíblico indica que Juan reconoció su error y bautizó a Jesús. Jesús fue sumergido o bautizado[7] en el Jordán y al emerger del agua recibió la

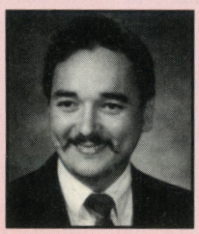
señal de aprobación de su Padre celestial. El bautismo por inmersión es el único bautismo bíblico. La completa inmersión del candidato en las aguas bautismales representa su muerte al pecado y su total entrega a una nueva vida.

Tal como la mayoría de nosotros, Jesús era del común del pueblo. Ni siquiera tenía derecho a oficiar como sacerdote.[8] Sólo tuvo un ungimiento u ordenación, su bautismo. No recibió reconocimiento oficial, únicamente lo que el Padre dijo de él: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia".[9] Al andar en la senda que Jesús anduvo y procurar "cumplir toda justicia", nosotros también recibimos la señal de aprobación del Padre: "Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia"; "ésta es mi hija amada, en quien tengo complacencia".

Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu Santo al desierto, donde estuvo sin comer. A veces nosotros también somos dirigidos por el Espíritu Santo a situaciones difíciles en las que hemos de ser probados. Santiago presenta esto en forma clara: "Bienaventurado el varón [o la mujer] que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman".[10]

El enemigo de Jesús es también nuestro adversario.[11] Satanás trató de sembrar la duda en el corazón de Jesús cuestionando su relación con el Padre. La estrategia satánica no ha cambiado en milenios: a nosotros también nos hace dudar de nuestra condición de hijos e hijas de Dios.

Jesús respondió al ataque del enemigo con la Biblia, con un "Escrito está".[12] Al igual que Jesús, debemos apoyarnos en la Biblia, la que nos declara criaturas de Dios: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas".[13] Dios nos creó individualmente para un propósito de bien. La tendencia original del ser humano no era hacia el mal, sino hacia las buenas obras. El enemigo desea que no aceptemos nuestro verdadero origen. Si Jesús hubiera dudado de su condición de Hijo de Dios y hubiera procurado obedecer al enemigo, todo se habría perdido; pero... ¡Jesús venció! También nosotros podemos declararnos hijos e hijas de Dios y vencer en Cristo Jesús. ¡Así sea! ◊



El autor es profesor asociado de Religión en el Atlantic Union College, en South Lancaster, Massachusetts. Posee una Maestría en Antiguo Testamento y está completando un Doctorado en Psicología en la Universidad Harvard.

(1) Ver S. Juan 1:46. (2) S. Mateo 3:14. (3) S. Mateo 3:15. (4) S. Lucas 2:49. (5) Hebreos 4:15. (6) S. Marcos 16:16. (7) "Bautizar", en el idioma original griego, literalmente se traduce como "sumergir". (8) En Hebreos 8:4 se indica que Jesús no podía ser sacerdote pues no era de las familias sacerdotales. (9) S. Mateo 3:17. (10) Santiago 1:12. (11) Apocalipsis 12:9. (12) S. Mateo 4:4. (13) Efesios 2:10.

Jesús todavía se acerca a los que sufren y a los necesitados para dar consuelo, perdón y esperanza.

Ministerio Público

Lic. Miguel A. Valdivia

ASESINOS y caníbales, CRACK, juegos de azar, videos musicales y estrellas de cine. Algunas imágenes nos aterran, otras nos preocupan y algunas despiertan un profundo interés. Estas noticias que inundan nuestra vida consciente, subjetivas y artificiales, nos hablan de la crisis de una humanidad confundida; de valores distorsionados que colocan la apariencia y la fama por encima del valor de la vida humana.

El hombre parece vagar sin rumbo ni destino, sin un sentido del deber, buscando el placer como el sumo bien y adoptando reglas personales que le permitan funcionar y defenderse en medio de una sociedad supremamente egoísta. Pero fue a esta humanidad esclavizada por el error y el pecado que Dios envió un Salvador.

"Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz".[1] Todos estos atributos se conjugaron en el Hombre Jesús, nacido en Belén en el año 5 a. C., criado por padres terrenales en Nazaret y Jerusalén, y bautizado en la primavera del año 27 d. C. Desde ese momento, y en tres años y medio, Jesús se dedicó a un ministerio incansable y de consecuencias tan radicales, que finalmente lo condujo a la muerte en la primavera del año 31 d. C.

QUIEN ERA

Incluso después de dos años de ministerio, los habitantes de Nazaret lo conocían como *el carpintero*: "¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas?"[2] Indudablemente era muy pobre. Aunque tuvo una vivienda en Capernaúm –una aldea de pescadores–, parece que no fue por mucho tiempo.[3] A un escriba que quiso seguirlo le dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza".[4]

Era pobre porque tenía que serlo. ¿Cómo podría uno que no fuese pobre conocer las necesidades de los dolientes y afligidos del mundo? Como dice Muggeridge, "necesitaba experimentar en carne propia las luchas y ardores de ganarse la vida para poder enseñarnos con convicción a orar: Danos hoy nuestro pan cotidiano".[5]

Pero en Cristo brillaba la luz inapagable de la gracia divina. El era el Mesías, el Ungido de Dios. Luego de ser bautizado, y tras enfrentar las tentaciones de Satanás, inició su ministerio. Entró en contacto con los que serían sus discípulos e inició una serie de recorridos y actividades que le ganaron la admiración de miles.

LO QUE HIZO

En esencia, Jesús practicaba tres tipos de actividades. Dice el Evangelio de San Mateo: "Y recorrió Jesús toda Galilea, *enseñando* en las sinagogas de ellos, y *predicando* el evangelio del reino, y *sanando* toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo".[6] Todo esto lo hacía impulsado por un amor profundo por la raza humana, una compasión tal que se le hacía imposible permanecer impávido ante el dolor humano.

En una ocasión se acercó en el día de sábado a un paralítico que se hallaba cerca del estanque de Betesda en Jerusalén; un hombre que llevaba 38 años enfermo, que había perdido las esperanzas. Aunque efectuar un milagro en el día de

Entonces el Salvador dijo: "Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo".

reposo le causaría innumerables problemas con los confundidos líderes religiosos, con ternura infinita le preguntó al inválido: "¿Quieres ser sano?" Y en el corazón del enfermo se despertó la ilusión, sus ojos chispearon por un breve instante, pero pronto su esperanza murió abrumada por los recuerdos y las tinieblas del fracaso y la incredulidad.

"No tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua", contestó, refiriéndose al movimiento sobrenatural del agua que aparentemente era capaz de sanar a la primera persona en introducirse en el estanque. Mientras hablaba, su rostro cansado ilustraba todo su desánimo y frustración. Entonces el Salvador dijo: "Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo".[7]

No puedo dejar de imaginarme el interés y la dulzura de las palabras y el rostro de Jesús mientras se inclinaba sobre aquel desaliñado cuadro de la miseria humana. ¡No en balde las multitudes se agolpaban para seguirle!

¿POR QUE LO HIZO?

Pero no fueron sus actividades en sí lo que hizo posible el tremendo impacto histórico de su ministerio. ¿Por qué hizo todo esto? ¿Cuál era su propósito?

Un estudio del ministerio de Jesús revela que siguió un plan de acción cuidadoso (ver recuadro). Entrenó esmeradamente a grupos de discípulos, primero a doce y luego a setenta. Mostraba tener un tiempo definido para cada etapa de su ministerio, y en ocasiones expresó que no había llegado el momento.[8] Aunque sabía que habría de morir, evitó ser apresado antes de tiempo y varió el número y la clase de milagros para atraer o dejar de atraer la atención pública.

Su sacrificio habría de salvar a toda la raza humana; por lo tanto, su ministerio fue preparando el escenario para el drama culminante del Calvario. Jesús señaló en estos términos su sacrificio cuando dijo: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo".[9]

Todo lo que hizo Jesús, lo hizo con el propósito de salvar: en el plano personal a los que se le acercaban, y en el plano universal, a toda la raza humana. "El Hijo del Hombre –declara su Palabra– vino a buscar y a salvar lo que se había perdido".[10] Esa era su función entonces y todavía la es.

En cierto sentido, cuando Jesús recorría los polvorientos caminos de Galilea, nos estaba buscando a nosotros también, porque también nosotros hemos pecado y nos hemos apartado de Dios. Sus gestos de amor, sus palabras de esperanza a los necesitados y enfermos, también son para nosotros.

Hoy también él –por medio de! Espíritu Santo– se inclina hacia nosotros cuando nos abruma el dolor y la desesperación, cuando pensamos que ya no tenemos remedio. O quizá se nos acerca cuando advertimos que hemos perdido valiosos años de nuestra vida en la indolencia o entre las garras del vicio paralizante. Y entonces como antaño nos dice: ¿Quieres ser sano? Y el mismo poder que sanó al paralítico de Betesda nos dará las fuerzas para levantarnos y seguir a Dios. ◊

El Ministerio de Jesús de un Vistazo

Según una Armonía de los Evangelios,* el ministerio de Jesús posterior a su bautismo, se puede dividir de la siguiente forma:

A. *Ministerio en Judea,* de aproximadamente un año de duración. Incluye la primera Pascua, la primera limpieza del templo, la entrevista con Nicodemo, el milagro del paralítico de Betesda y el rechazo del sanedrín. Esta primera fase se presenta mayormente en el Evangelio de San Juan, de los capítulos 2 al 5.

B. *Ministerio en Galilea,* de aproximadamente un año de duración, desde la Pascua del año 29 hasta la tercera Pascua en el año 30. Incluyó el primer rechazamiento en Nazaret, el traslado a Capernaúm, el llamado a los discípulos, el primer viaje por Galilea, la elección de los doce, el Sermón del Monte, un segundo viaje por Galilea y el sermón junto al mar. Durante esta fase, Jesús prepara a sus discípulos y los envía a trabajar en las ciudades, alimenta a los cinco mil y camina sobre el lago. Este año de actividades se informa mayormente en los primeros tres Evangelios.

C. *Retiro del ministerio público*, de unos seis meses de duración. Durante este tiempo Jesús se retira a Fenicia, hace varios milagros en Decápolis, y luego de pasar algunos días de descanso en Cesarea de Filipo, emprende un viaje secreto por Galilea.

D. *Ministerio en Samaria y Perea*, de seis a siete meses de duración, hasta el comienzo de la última pascua. Esta fue una temporada de milagros y parábolas. Jesús perdona a la mujer adúltera, envía a los setenta, come con Simón el fariseo y resucita a Lázaro. Este último milagro produce un reconocimiento público tan destacado que los líderes religiosos judíos deciden planear la muerte de Jesús.

Los últimos dos segmentos de la vida de Jesús corresponden a la Semana de la Pasión y a la resurrección y ascensión. Estas secciones incluyen 40 de los 179 sucesos registrados que componen la vida de Cristo. Esto indica la importancia suprema de la muerte y la resurrección de Jesús en el pensamiento neotestamentario.

* *Comentario bíblico adventista*, tomo 5, pp. 186-190.

(1) Isaías 9:6. (2) S. Marcos 6:3. (3) S. Marcos 2:1. (4) S. Mateo 8:20. (5) Malcolm Muggeridge, *Jesus the Man Who Lives* (New York: Harper & Row, 1975), p. 45. (6) S. Mateo 4:23. (7) S. Juan 5:1-9. (8) S. Lucas 9:51; S. Mateo 26:18; S. Juan 7:6. (9) S. Juan 12:32. (10) S. Lucas 19:10.

El Arresto y el Juicio

Lic. Ernesto Castillo

¿SE HA sentido solo alguna vez? ¿Completamente solo? ¿Abandonado por todos, incluso por sus seres queridos? Si así ha sido, hay Uno que lo comprende, precisamente porque él sufrió la peor soledad de todas. Fue en el Jardín de Getsemaní donde Jesús enfrentó el abandono de sus amigos y aceptó cumplir hasta el final el plan de salvación. Acerca de esta experiencia, la Biblia dice:

"Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo... Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo".[1]

En este momento, cuando los pecados del mundo pesaban sobre él, cuando Jesús necesitaba el apoyo de sus amigos, estos lo abandonaron y se entregaron al sueño. Tres veces el Salvador se retiró a orar y luchar contra las tentaciones del maligno, y tres veces regresó para encontrar a sus discípulos dormidos. Finalmente les dijo: "Dormid ya, y descansad. He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado".[2]

¡Cuántas veces nos han abandonado aquellos que están más cerca nuestro! ¿Acaso no debiéramos seguir el ejemplo de Jesús y continuar amándolos?

"LEVANTAOS, VAMOS"

Ahora, cuando los soldados se acercaban para prender al Maestro, los discípulos estaban confiados en que Jesús podría encargarse de esta situación peligrosa en una manera satisfactoria.

Entonces Jesús dijo: "Levantaos, vamos". Podemos defraudar amargamente a nuestro Señor e incluso dormir ante la mayor de todas las oportunidades, pero el Señor siempre está dispuesto a perdonarnos y decirnos: "Levantaos, vamos".

Jesús nos enseñó por medio de esta experiencia que aquellos que lo siguen a la victoria, primero deben velar con él en la agonía. Nos enseñó que para tener vida, primero debemos enfrentar la muerte.

ANTE ANAS, CAIFAS Y PILATO

Era pasada la medianoche del jueves cuando Jesús fue arrestado y llevado al palacio de Anás, el ex sumo sacerdote. Fue aquí, ante Anás, donde Jesús enfrentó su primer juicio. Bajo la ley romana, el sanedrín no podía ejecutar la sentencia de muerte. Su función era únicamente examinar al prisionero y juzgarlo, para que luego las autoridades romanas ratificaran la sentencia.

Sus acusadores, al no encontrar ninguna acusación por la cual condenarlo, lo llevaron por orden de Anás a Caifás. Se presentaron testigos a los que se había pagado para que compartieran una falsa interpretación de las palabras de Jesús cuando se refirió a la destrucción del templo.[3]

A lo largo de todas estas acusaciones, Cristo guardó silencio cumpliendo así la profecía de Isaías: "Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca".[4] Sin saber qué hacer o decir, Caifás, con su brazo levantado en alto, exclamó: "Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios". Jesús respondió: "Tú lo has dicho".

Con esto Cristo fue condenado, lo escupieron y dieron de puñetazos y fue enviado donde Pilato, el gobernador romano. Este recibió una impresión favorable al ver a Jesús. Tras interrogarlo, decidió mandarlo a Herodes, gobernador de Galilea, de donde provenía Jesús, pero después de burlarse de él y humillarlo, éste lo devolvió a Pilato.

El momento culminante del juicio fue cuando Pilato le dio a escoger a la multitud entre Jesús y Barrabás. Viendo que la multitud se resistía a escoger a Jesús, Pilato hizo traer agua y se lavó las manos públicamente mientras decía: "Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros".[5] Entonces el pueblo respondió: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos".

Amigo lector, no participemos de este espantoso clamor mediante nuestra indiferencia al amor del Redentor. Más bien pidámosle a Jesús que –en virtud de su preciosa sangre– nos perdone y nos limpie de todos nuestros pecados. ◊

El autor es secretario ejecutivo de la Iglesia Adventista en California, Arizona y Hawai, donde hay 181.000 miembros.

(1) S. Mateo 26:36-40. (2) S. Mateo 26:45-46. (3) Leer el diálogo en S. Mateo 26:60-64. (4) Isaías 53:7. (5) Leer sobre el incidente en S. Mateo 27:15-25; S. Marcos 15:6-20; S. Lucas 23:13-25 y S. Juan 18:33-38.

Sobre la Cruz

Elena G. de White

Y CUANDO llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí".

Entre la multitud que siguió al Salvador hasta el Calvario, había muchos que le habían acompañado con gozosos hosannas y agitando palmas mientras entraba triunfantemente en Jerusalén. Pero no pocos de aquellos que habían gritado sus alabanzas porque era una acción popular, participaban en clamar: "Crucifícale, crucifícale".

Al llegar al lugar de la ejecución, dos presos fueron atados a los instrumentos de tortura. Los dos ladrones se debatieron en las manos de aquellos que los ponían sobre la cruz; pero Jesús no ofreció resistencia. La madre de Jesús, sostenida por el amado discípulo Juan, había seguido las pisadas de su Hijo hasta el Calvario. Le había visto desmayar bajo la carga de la cruz, y había anhelado sostener con su mano la cabeza herida y bañar la frente que una vez se reclinara en su seno. Pero se le había negado este triste privilegio.

Juntamente con los discípulos, acariciaba todavía la esperanza de que Jesús manifestara su poder y se librara de sus enemigos. Pero su corazón volvió a desfallecer al recordar las palabras con que Jesús había predicho las mismas escenas que estaban ocurriendo. Mientras ataban a los ladrones a la cruz, miró suspensa en agonía. ¿Dejaría que se le crucificase Aquel que había dado vida a los muertos? ¿Se sometería el Hijo de Dios a esta muerte cruel? ¿Debería ella renunciar a su fe de que Jesús era el Mesías? Vio sus manos extendidas sobre la cruz; se trajeron el martillo y los clavos, y mientras éstos se hundían a través de la tierna carne, los afligidos discípulos apartaron de la cruel escena el cuerpo desfalleciente de la madre de Jesús.

El Salvador no dejó oír un murmullo de queja. Su rostro permaneció sereno. Pero había grandes gotas de sudor sobre su frente. No hubo mano compasiva que enjugase el rocío de muerte de su rostro, ni se oyeron palabras de simpatía y fidelidad inquebrantable que sostuviesen su corazón humano. Mientras los soldados estaban realizando su terrible obra, Jesús oraba por sus enemigos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". No invocó maldición alguna sobre los soldados que lo maltrataban tan rudamente. No invocó venganza alguna sobre los sacerdotes y príncipes que se regocijaban por haber logrado su propósito. Cristo se compadeció de ellos en su ignorancia y culpa. Sólo exhaló una súplica para que fuesen perdonados.

Esa oración de Cristo por sus enemigos abarcaba al mundo. Abarcaba a todo pecador que hubiera vivido desde el principio del mundo o fuese a vivir hasta el fin del tiempo. Sobre todos recae la culpabilidad de la crucifixión del Hijo de Dios. A todos se ofrece libremente el perdón. "El que quiere" puede tener paz con Dios y heredar la vida eterna.

Durante su agonía sobre la cruz, llegó a Jesús un rayo de consuelo. Fue la petición del ladrón arrepentido. Los dos hombres crucificados con Jesús se habían burlado de él al principio; y por efecto del padecimiento uno de ellos se volvió más desesperado y desafiante. Pero no sucedió así con su compañero. Este hombre no era un criminal empedernido. Había sido extraviado por las malas compañías, pero era menos culpable que muchos de aquellos que estaban al lado de la cruz vilipendiando al Salvador. En el tribunal y en el camino al Calvario, había estado en compañía de Jesús. Había oído a Pilato declarar: "Ningún delito hallo en él".[1] Había notado su porte divino y el espíritu compasivo de perdón que manifestaba hacia quienes lo atormentaban. Entre los que pasaban, oía a muchos que defendían a Jesús. Les oía repetir sus palabras y hablar de sus obras. Penetró de nuevo en su corazón la convicción de que era el Cristo. Volviéndose hacia su compañero culpable, dijo: "¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación?"

Los ladrones moribundos no tenían ya nada que temer de los hombres. Pero uno de ellos sentía la convicción de que había un Dios a quien temer, un futuro que debía hacerle temblar. Y ahora, así como se hallaba, todo manchado por el pecado, se veía a punto de terminar la historia de su vida. "Nosotros, a la verdad, justamente padecemos –gimió–, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo".

Recordaba todo lo que había oído decir acerca de Jesús, cómo había sanado a los enfermos y perdonado el pecado. El Espíritu Santo iluminó su mente y poco a poco se fue eslabonando la cadena de la evidencia. En Jesús, magullado, escarnecido y colgado de la cruz, vio al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. La esperanza se mezcló con la angustia en su voz, mientras que su alma desamparada se aferraba de un Salvador moribundo. "Señor, acuérdate de mí –exclamó–, cuando vinieres en tu reino".[2]

Prestamente llegó la respuesta. El tono era suave y melodioso, y las palabras llenas de amor, compasión y poder: De cierto te digo hoy: es-

tarás conmigo en el paraíso.

Mientras pronunciaba las palabras de promesa, la oscura nube que parecía rodear la cruz fue atravesada por una luz viva y brillante. El ladrón arrepentido sintió la perfecta paz de la aceptación por Dios. En su humillación, Cristo fue glorificado. El que ante otros ojos parecía vencido, era el Vencedor. Fue reconocido como expiador del pecado. Los hombres pueden ejercer poder sobre su cuerpo humano. Pueden herir sus santas sienes con la corona de espinas. Pero no pueden quitarle su poder de perdonar pecados.

Mientras la mirada de Jesús recorría la multitud que lo rodeaba, una figura llamó su atención. Al pie de la cruz estaba su madre, sostenida por el discípulo Juan. Ella no podía permanecer lejos de su Hijo; Juan, sabiendo que el fin se acercaba, la había traído de nuevo al lado de la cruz. En el momento de morir, Cristo recordó a su madre. Mirando su rostro pesaroso y luego a Juan, le dijo: "Mujer, he ahí tu hijo", y luego a Juan: "He ahí tu madre". Juan comprendió las palabras de Cristo y aceptó el cometido. Llevó a María a su casa, y desde esa hora la cuidó tiernamente. ¡Oh Salvador compasivo y amante! ¡En medio de todo su dolor físico y su angustia mental, tuvo un cuidado reflexivo para su madre!

El Señor de gloria estaba muriendo en rescate por la familia humana. Sobre él como sustituto y garante nuestro fue puesta la iniquidad de todos nosotros. Fue contado por transgresor, a fin de que pudiese redimirnos de la condenación de la ley. La culpabilidad de cada descendiente de Adán abrumó su corazón. La ira de Dios contra el pecado, la terrible manifestación de su desagrado por causa de la iniquidad, llenó de consternación el alma de su Hijo. Al sentir el Salvador que de él se retraía el semblante divino en esta hora de suprema angustia, atravesó su corazón un pesar que nunca podrá comprender plenamente el hombre. Tan grande fue esa agonía que apenas le dejaba sentir el dolor físico.

Con asombro los ángeles presenciaron la desesperada agonía del Salvador. Las huestes del cielo velaron sus rostros para no ver ese terrible espectáculo. La naturaleza inanimada expresó simpatía por su Autor insultado y moribundo. El sol se negó a mirar la terrible escena. Sus rayos brillantes iluminaban la tierra a mediodía, cuando de repente parecieron borrarse. Como fúnebre mortaja, una oscuridad completa rodeó la cruz. "Hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena". Estas tinieblas que eran tan profundas como la medianoche sin luna ni estrellas, no se debían a ningún eclipse ni a otra causa natural. Eran un testimonio milagroso dado por Dios para confirmar la fe de las generaciones ulteriores.

Un silencio sepulcral parecía haber caído sobre el Calvario. Un terror sin nombre dominaba a la muchedumbre que estaba rodeando la cruz. Las maldiciones y los vilipendios quedaron a medio pronunciar. Hombres, mujeres y niños cayeron postrados al suelo. Rayos vívidos fulguraban ocasionalmente de la nube y dejaban ver la cruz y al Redentor crucificado. Sacerdotes, príncipes, escribas, verdugos y la turba, todos pensaron que había llegado su tiempo de retribución.

A la hora de la nona, las tinieblas se elevaron de la gente, pero siguieron rodeando al Salvador. Eran un símbolo de la agonía y horror que pesaban sobre su corazón. Ningún ojo podía atravesar la lobreguez que rodeaba la cruz, y nadie podía penetrar la lobreguez más intensa que rodeaba el alma doliente de Cristo. Los airados rayos parecían lanzados contra él mientras pendía de la cruz. Entonces "Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?" "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

El inmaculado Hijo de Dios pendía de la cruz. Y todo lo que sufrió, las gotas de sangre que cayeron de su cabeza, sus manos y sus pies, la agonía que torturó su cuerpo y la inefable angustia que llenó su alma al ocultarse el rostro de su Padre, habla a cada hijo de la humanidad y declara: Por ti consiente el Hijo de Dios en llevar esta carga de culpabilidad; por ti saquea el dominio de la muerte y abre las puertas del paraíso.

De repente, la lobreguez se apartó de la cruz, y en tonos claros, como de trompeta, que parecían repercutir por toda la creación, Jesús exclamó: "Consumado es". "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Una luz circuyó la cruz y el rostro del Salvador brilló con una gloria como la del sol. Inclinó entonces la cabeza sobre el pecho y murió.

Entre las terribles tinieblas, aparentemente abandonado de Dios, Cristo había apurado las últimas heces de la copa de la desgracia humana. En esas terribles horas había confiado en la evidencia que antes recibiera de que era aceptado de su Padre. Conocía el carácter de su Padre; comprendía su justicia, su misericordia y su gran amor. Por la fe confió en Aquel a quien había sido siempre su placer obedecer. Y mientras, sumiso, se confiaba a Dios, desapareció la sensación de haber perdido el favor de su Padre. Por la fe, Cristo venció. ◊

(1) S. Juan 19:4. (2) S. Lucas 23:42, Versión Moderna.

MENSAJES DE AMOR

Guía de 27 lecciones para comprender las hermosas verdades de la Biblia

24

LA MUERTE Y LA RESURRECCION

La paga del pecado es muerte; pero Dios, el único que es inmortal, otorgará vida eterna a sus redimidos. Hasta ese día, la muerte constituye un estado de inconsciencia para todos los que hayan fallecido. Cuando Cristo aparezca en las nubes de los cielos en ocasión de su segunda venida, los justos resucitados y los justos vivos serán glorificados y arrebatados para encontrarse con su Señor.

La Biblia explica el proceso de la muerte y la resurrección en términos que se oponen a la creencia popular de la inmortalidad del hombre. El ser humano sólo puede llegar a ser inmortal por medio de la resurrección efectuada por Dios.

1. ¿Quién es el único que tiene inmortalidad?

"... El bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de Señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver" (1 Timoteo 6:15-16).

En ningún lugar la Biblia describe la inmortalidad como una cualidad propia del ser humano. A diferencia de Dios, los seres humanos son mortales. Job dice que el hombre "sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece" (Job 14:2).

2. ¿De dónde obtuvo la vida el hombre?

"Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente" (Génesis 2:7). El don de la inmortalidad es condicional, y así se los advirtió Dios a Adán y Eva cuando les dijo, refiriéndose al acto de comer del árbol prohibido: "El día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2:17).

3. ¿A qué se debe la muerte?

"El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Romanos 5:12).

4. La Biblia nos anima a buscar la inmortalidad. ¿Quién es la fuente de la misma?

"Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 6:23).

"Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Corintios 15:22).

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16).

5. ¿Qué es la muerte?

Un estado de inconsciencia mientras la persona espera la resurrección. La Biblia la compara a un sueño (Job 14:10-12; Salmo 13:3; Daniel 12:2). Jesucristo también se refirió a la muerte en estos términos cuando habló acerca de la hija de Jairo y de Lázaro (S. Marcos 5:39; S. Juan 11:11-14).

"Los muertos nada saben... En el Seol [sepulcro], adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría" (Eclesiastés 9:5-10).

"Sale su aliento, y... en ese mismo día perecen sus pensamientos" (Salmo 146:4).

6. ¿Qué ocurre en ocasión de la muerte?

"El polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio" (Eclesiastés 12:7).

La palabra "espíritu" se refiere al "aliento" o chispa de vida que acciona a los seres vivientes y que procede siempre de Dios (ver Génesis 2:7).

Todos los muertos van al sepulcro (ver Salmo 89:48), hasta la resurrección, cuando el sepulcro (*hades*) los deje ir (Apocalipsis 20:13).

7. ¿Qué dice la Biblia sobre el espiritismo?

Algunos dicen que el alma —aunque peque— vive eternamente. La Biblia dice: "El alma que pecare, esa morirá" (Ezequiel 18:20).

También se amonesta: "No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas" (Deuteronomio 18:10-12).

8. ¿Qué es la resurrección?

La restauración de todo el ser, después de la muerte. "En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Corintios 15:52-53).

La resurrección es corporal. Después de su resurrección, Jesús les dijo a sus discípulos: "Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo" (S. Lucas 24:39).

MI DECISION

Comprendiendo que no tengo vida en mí mismo, sino que ésta proviene de Dios, decido mantener una comunión cada vez más cercana con el Salvador, de manera que en su venida yo pueda recibir el precioso don de la vida eterna. Hoy decido creer en las palabras de Jesucristo: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (S. Juan 11:25).

Lectura adicional: Génesis 2 y 3; Job 14:2, 10-12; 19:25-29; Salmo 49:15; 73:24; 115:17; S. Juan 5:28-29; Hechos 17:25, 28; 1 Corintios 15:22, 51-55; Colosenses 1:16-17; 1 Timoteo 1:17; 1 S. Juan 5:11-13; Apocalipsis 20:4-6, 12-15.

Esta serie de estudios bíblicos está basada (con adaptaciones) en el libro *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*. Si usted desea conseguir más información sobre esta u otra de las doctrinas mencionadas en estudios previos, o si desea conocer cómo adquirir este libro, escríbanos a EL CENTINELA, P.O. Box 7000, Boise, Ida. 83707.

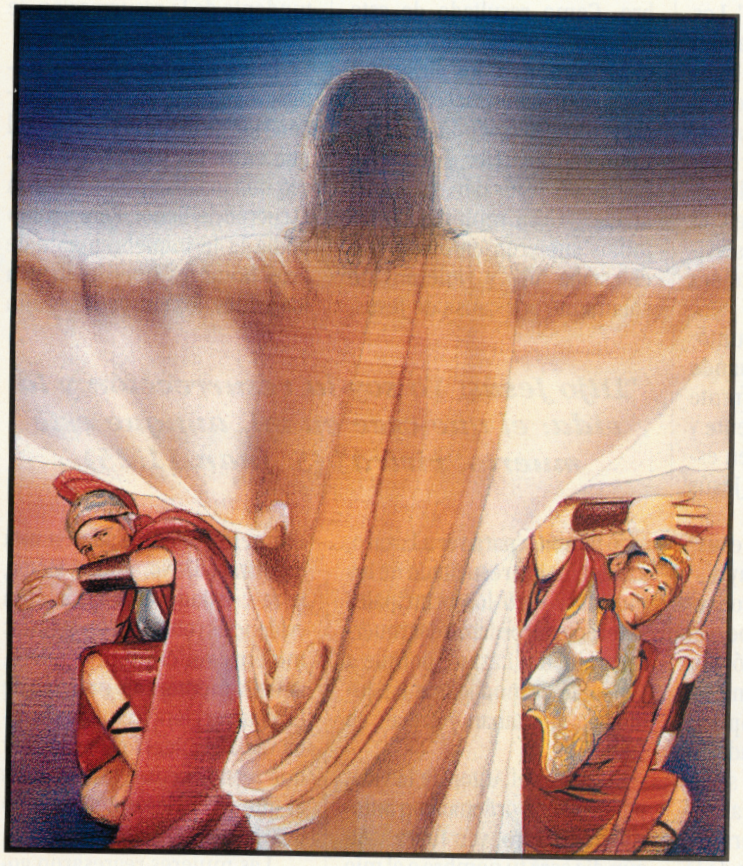
LA RESURRECCIÓN

Lic. Javier Soto-Valle

TODO lo que respira y vive, vibra con el afán de existir. La naturaleza entera gira en torno de ese maravilloso estado que es la vida. Por el contrario, la muerte es el estado más desagradable y la realidad más triste que se pueda conocer.

Cuando la muerte llega, deja a su paso un caudal de desolación. Convierte un florido Edén en un desierto, y a un hogar feliz, lo trueca en llanto y desesperación. Tal fue la experiencia de aquella feliz familia de Betania, la que había encontrado en la amistad de Jesús una gran satisfacción para sus vidas. Habían visto al Maestro de Galilea realizar increíbles milagros, tales como curar a los leprosos, devolver la vista a los ciegos, hacer caminar a los paralíticos. Todos estos actos de bondad llenaron sus corazones de una gran confianza en Jesús.

Por eso mismo, cuando Lázaro enfermó gravemente, sus hermanas nunca pensaron que esa enfermedad lo llevaría a la muerte. Antes que el deceso ocurriera, las hermanas enviaron un mensajero al Maestro, que se encontraba lejos de Betania. Ellas pensaban que Jesús volvería pronto para devolverle la salud a su hermano; pero pasaron algunos días y él no se presentó. Cuando por fin llegó, Lázaro tenía cuatro días de estar en el sepulcro. Esta terrible experiencia trajo un profundo dolor a la familia.



Vivir es una experiencia hermosa, pero más hermoso es saber que Jesucristo ha vencido la muerte, lo que pone a nuestro alcance la vida eterna.

Han pasado muchos siglos desde que Marta y María lloraron por la muerte de su hermano. Durante todo este tiempo, ríos de lágrimas han brotado de millones y millones de ojos, que amargamente han llorado por seres amados que han dejado de existir.

Cuando Marta por fin vio llegar a Jesús a su hogar enlutado, corrió a encontrarse con él, y lo primero que le dijo fue el comentario que habrían hecho también muchos de los presentes: "Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto".[1] Una autora cristiana corrobora esto con las siguientes palabras:

"Si Cristo hubiera estado en la pieza del enfermo, Lázaro no habría muerto; porque Satanás no hubiera tenido poder sobre él. La muerte no podría haber lanzado su dardo contra Lázaro en presencia del Dador de la vida. Por lo tanto Cristo permaneció lejos. Dejó que el enemigo ejerciese su poder, para luego hacerlo retroceder como enemigo vencido. Permitió que Lázaro pasara bajo el dominio de la muerte; y las hermanas apenadas vieron a su hermano colocado en la tumba. Permitió todos los dolores y penas que soportaron. Su tardanza no indicaba que los amase menos, pero sabía que para ellas, para Lázaro, para él mismo y para sus discípulos, había de ganarse una victoria".[2]

Ante la declaración de Marta, Jesús le aseguró: "Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá".[3] Jesús le preguntó a Marta: "¿Crees esto?" Aunque su respuesta inmediata fue: "Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo"; en realidad Marta no se imaginaba lo que iba a ocurrir. Cuando su

El autor es evangelista de la Iglesia Adventista entre la población hispana de California. Colabora frecuentemente con EL CENTINELA.

hermana María se encontró con el Maestro, repitió la misma frase: "Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano". Muchos de los que estaban presentes al ver llegar a Jesús comentaron: "¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?" Los enemigos de Cristo le habían pedido que hiciese un milagro poderoso en presencia de ellos, para que les demostrara así que él era el Mesías; pero Jesús no satisfizo este pedido caprichoso de sus opositores. El les había dado suficientes evidencias de que realmente era Hijo de Dios.

Entonces Jesús preguntó: "¿Dónde le pusisteis?" Cuando lo llevaron a la tumba, frente a ella, al ver llorar a la gente y a María, "se estremeció en espíritu y se conmovió... Jesús lloró".

Pero, ¿por qué lloró Jesús? Sus sentimientos eran muy distintos a los de los que lo rodeaban. Muchos lloraban por el muerto, pero Jesús lloró por otro motivo. En el prisma de sus lágrimas él contemplaba un cuadro de incredulidad. Vio que miles y millones de seres humanos descenderían al sepulcro sin Dios y sin esperanza de resurrección. Vio el fin de la nación judía, sus sufrimientos y tremendas persecuciones a través de los siglos. Vio que para muchos su sacrificio en la cruz sería inútil, pues descenderían al sepulcro sin haber aceptado el plan divino de la salvación.

Cuando el Maestro resucitó a la hija de Jairo, él mismo dijo que la niña dormía, y para muchos, el milagro realizado no los impresionó, especialmente a sus adversarios. Ahora en Betania, cuando pidió que quitaran la piedra que cerraba el sepulcro de Lázaro, Marta repuso: "Señor, hiede ya, porque es de cuatro días". Esta habría de ser una evidencia contundente; el cuerpo de Lázaro estaba ya bajo los efectos de la putrefacción y de la realidad destructora de la muerte. Pero Jesús, después de orar al Padre, clamó a gran voz: "¡Lázaro, ven fuera!" Lázaro respondió al llamado y salió vivo de la tumba: los espectadores quedaron mudos de asombro. Como resultado de este milagro, muchos creyeron en el Maestro; pero los dirigentes y los principales sacerdotes no creyeron. Refiriéndose a un momento posterior, durante las fiestas en Jerusalén, la Biblia añade: "Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos. Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús".[4]

Jesús es el Autor de la vida, por eso pudo ordenar con autoridad: "Lázaro, ven fuera". Algún día será tu nombre o el mío el que pronunciará en la mañana gloriosa de la resurrección.

La incredulidad de los dirigentes judíos no se manifestó sólo en el milagro de Betania, sino en lo ocurrido al mismo Jesús. Cuando él fue colocado en la tumba, sus discípulos se olvidaron que el Maestro les había dicho varias veces que sería entregado a los gentiles y que sería escarnecido, escupido y muerto, pero que al tercer día resucitaría. Pero aunque sus discípulos no recordaron esa predicción, sus enemigos sí la tuvieron presente, y fueron ante Pilato, diciéndole: "Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos".[5] Este incidente fue providencial, pues el que hubiese una guardia cuidando el sepulcro, fue una evidencia contundente de la resurrección de Jesús.

Estos hombres fueron testigos oculares: lo vieron salir con vida de la tumba. Es verdad que entre los judíos se rumoreó que los discípulos robaron el cuerpo del Señor. Pero, ¿cómo podía la fe inquebrantable de esos hombres que desafiaron los azotes, los vituperios, y aún la muerte, estar basada en una mentira tal? No, amigo lector, la fe cristiana está basada en evidencias rotundas. Cuando las mujeres vinieron al sepulcro, aquella memorable mañana de la resurrección, frente a la tumba vacía el ángel les dijo: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado".[6]

Las mujeres regresaron gozosas con la noticia y "mientras ellas iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo".[7]

De esta manera se cumplió lo expuesto al final de una de las parábolas: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantare de los muertos". Lázaro de Betania se levantó de los muertos, sin embargo los dirigentes no creyeron. Jesús de Nazaret se levantó de los muertos gloriosamente y tampoco creyeron.

"Dios nunca nos exige que creamos sin darnos suficiente evidencia sobre la cual fundar nuestra fe. Su existencia, su carácter, la veracidad de su Palabra, todas estas cosas están establecidas por abundantes testimonios que apelan a nuestra razón. Sin embargo, Dios no ha quitado toda posibilidad de dudar. Nuestra fe debe reposar sobre evidencias, no sobre demostraciones. Los que quieran dudar tendrán oportunidad de hacerlo, mientras que los que deseen conocer la verdad encontrarán abundante evidencia sobre la cual basar su fe".[8]

Vivir es una experiencia hermosa, pero más hermoso es saber que la muerte ha sido vencida por Jesucristo nuestro Señor. Aunque los creyentes pasen al descanso, reposan sabiendo que "estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos".[9]

Es verdad que algún día la muerte enlutará nuestros hogares. Es verdad que algún día también nosotros descenderemos al sepulcro. Pero, gracias a Dios, la muerte ya ha sido vencida por Jesús. Gracias a Dios, no necesitamos temer a la muerte, "porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".[10]

Esta es una esperanza maravillosa. Debe ser el estímulo que nos ayude a vivir esta vida presente con valor y determinación, esperando aquella vida gloriosa en el más allá. ◊

"Dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (S. Juan 11:25).

(1) S. Juan 11:21. (2) Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 487. (3) Lea el relato en S. Juan 11:1-44. (4) S. Juan 12:9-11. (5) S. Mateo 27:62-64. (6) S. Lucas 24:5-6. (7) S. Mateo 28:11-14. (8) Elena G. de White, *El camino a Cristo*, p. 105. (9) Salmo 116:15. (10) S. Juan 3:16.

Gratitud

Lic. Eddy Darío Gervis

SEMANA SANTA es la época del más sublime de los recuerdos, cuando el tiempo retrocede casi dos mil años a una colina llamada Calvario. La atención de hombres y mujeres se dirige de múltiples formas al Dios encarnado que fue crucificado, y desde la penumbra se oye el anuncio profético: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo".[1]

Al contemplar al Crucificado, del corazón del creyente sincero brota la gratitud, y de ésta, la pasión del servicio a su nombre.

Los Evangelios presentan a dos personajes que, movidos por la gratitud, rindieron un servicio de amor al Maestro. El primero es "una mujer de la ciudad, que era pecadora",[2] de nombre María, que "tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume".[3] Esta es la ofrenda de una mujer que "amó mucho", porque Jesús perdonó sus muchos pecados.[4]

El otro personaje es Nicodemo, "el que antes había visitado a Jesús de noche". El "vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras".[5] El y José de Arimatea bajaron de la cruz el cuerpo de Jesús, lo envolvieron en lienzos con el costoso material y lo sepultaron.[6] Esta es la ofrenda de un hombre a quien Jesús dijo: "Os es necesario nacer de nuevo".[7]

En ambos casos, hay gratitud y servicio. Pero mientras María se anticipó a ungir al Señor para la sepultura,[8] brindando en vida su devoción, Nicodemo ungió al Maestro para la sepultura, pero rindiendo su devoción al cuerpo inerte, sin vida del Salvador.

Mientras que el perfume de María llenó la casa de rico olor, para el testimonio de los reunidos, la costosa fragancia del compuesto de Nicodemo sólo pudo llenar los fríos y oscuros confines del sepulcro.

Mientras que María honró abiertamente a Jesús antes que a los hombres, sin importarle la opinión o la censura de éstos, Nicodemo dio mayor importancia a los reproches y represalias del sanedrín, del cual era miembro, antes de honrar públicamente en vida a Jesús y declararse su discípulo.

La mayor expresión de gratitud hacia el Crucificado es la del servicio osado, amante y fiel.

De nada vale demorar o vacilar en expresarle abiertamente nuestra devoción cuando la oportunidad llama.

Contemplemos fijamente la Cruz del Calvario y dejemos que la gratitud fluya copiosa e incesante en la excelencia del servicio. ◊

(1) S. Juan 12:32. (2) S. Lucas 7:37. (3) S. Juan 12:3. (4) S. Lucas 7:47-48. (5) S. Juan 19:39. (6) S. Juan 19:40-41. (7) S. Juan 3:7. (8) S. Marcos 14:8.

CIRCULO DE ORACION

Los redactores de EL CENTINELA oramos cada día por nuestros lectores. No creemos que la oración es un recurso mágico para conseguir de Dios lo que queremos. Pero sí valoramos la oración como el medio para compartir nuestras inquietudes con Dios, quien ha prometido escuchar. Jesús dijo: "Pedid y se os dará".

Si tiene alguna necesidad y quisiera que nos uniésemos a usted en oración, lo invitamos a que nos escriba. Brevemente mencione su preocupación o problema, y lo incluiremos a usted en nuestras oraciones. Aunque no podemos comprometernos a contestarle, recuerde que toda carta será tratada confidencialmente. Este plan no representa para usted ningún costo u obligación. Envíe su pedido a: Círculo de oración, EL CENTINELA, P.O. Box 7000, Boise, Idaho 83707.

La Fe de Colón*

Dr. Daniel Hammerly Dupuy

LARS JUSTINEN

COLON fue un cruzado del cristianismo que pregonó su fe al cruzar por primera vez el océano de Europa al Nuevo Mundo. Sobre el mástil mayor de la nave Santa María enarbolaba un estandarte blanco en el que se destacaba una cruz verde, símbolos de la paz y de la esperanza puestas bajo la advocación de la cruz.

No es posible olvidar que el famoso viaje descubridor tenía un sentido profundamente religioso. Había sido inspirado por la lectura de la Santa Biblia y tenía por propósito evangelizar las multitudes de ultramar.

Basta leer las epístolas del Almirante a los Reyes de España para comprobar con cuánta frecuencia se citan las Sagradas Escrituras o cuántas veces trasuntan imágenes bíblicas evocadas al describir las escenas del Nuevo Mundo y las bellezas de sus paisajes que parecían un remedo del Edén. En una extensa carta dirigida a los reyes Fernando e Isabel, se refiere detalladamente a su infancia y a su dedicación al arte de la navegación facilitada por su estudio de la aritmética, de la geometría y de la astronomía, y luego añade:

"En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver todas escrituras, cosmografía, historias, crónicas y filosofía, y de otras artes ansí que me abrió el entendimiento con mano palpable, á que era hacedero navegar de aquí á las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello; y con éste fuego vine á V. M. Todos aquellos que supieron de mi empresa con risa le negaron burlando: todas las ciencias de que dije arriba non me aprovecharon ni las autoridades dellas: en solo V. A. quedó la fe y constancia; ¿quién dubda que esta lumbre no fué del Espíritu Santo, así como de mí, el cual con rayos de claridad maravillosos consoló con su santa y sacra Escritura á Vos muy alta y clara con cuarenta y cuatro libros del viejo Testamento, y cuatro Evangelios con veinte é tres epístolas de aquellos bienaventurados apóstoles avivándome que yo prosiguiese, y de continuo sin cesar un momento me avivan con gran prisa?

"Milagro evidentísimo quiso facer Nuestro Señor en esto del viaje de las Indias por me consolar á mí y á otros en estotro de la Casa Santa: siete años pasé en su Real Corte disputando el caso con tantas personas de tanta autoridad y sábios en todas artes, y en fin concluyeron que todo era vano, y se desistieron con esto dello: despues paró en lo de que Jesucristo Nuestro Redentor dijo, y de antes había dicho por boca de sus santos profetas, y ansí se debe creer que pasará estotro; y en fe dello, si lo dicho no abasta, doy el sacro Evangelio en que dijo que todo pasaría, mas no su palabra maravillosa: y con esto dijo que todo era necesario que se acabase cuanto por él y por los profetas estaba escrito".[1]

Aunque se ignora cuál fue la versión de las Sagradas Escrituras que leía con predilección el célebre navegante cuando se sintió inspirado en sus páginas para realizar el descubrimiento, resulta significativo conocer por su propio testimonio que deseaba cumplir lo dicho por las sagradas profecías y por Jesucristo respecto a la predicación del Evangelio a todo el mundo. Tan interesado estaba Colón en el estudio y cumplimiento de las profecías de la Santa Biblia que entre los años 1501 a 1502 escribió un trabajo titulado *Libro de las Profecías*. En esa obra se destaca la importancia del descubrimiento en relación con las predicciones de las Sagradas Escrituras. Viene al caso citar al menos el tenor de dos párrafos que revelan sus cavilaciones al respecto:

"En la ejecución de mi empresa india, la razón humana, las matemáticas y los mapas del mundo no me servían de nada; era el simple cumplimiento de lo que Isaías había predicho. Antes del fin del mundo, todas las profecías deben cumplirse, el Evangelio debe ser predicado por toda la tierra, y la santa ciudad (Jerusalén) debe volver a manos de la Iglesia. Nuestro Señor se ha propuesto, mediante mi viaje a las Indias, cumplir un gran milagro. Debemos apresurarnos a terminar esta obra de inspiración divina..."

"Vine a Castilla, ansioso de servir a vuestros príncipes, y mis servicios fueron tales como jamás se ofrecieron antes. El Señor me ha hecho mensajero de un cielo nuevo y un mundo nuevo, anunciado ya por boca de Isaías, el profeta, y por Juan en el Apocalipsis. Fue también el Señor quien le dio a la reina Isabel entendimiento y voluntad, y la hizo su cara y muy amada hija, heredera de todo".

Como se sabe, apenas falleció la reina Isabel de Castilla en el año 1504, comenzó el eclipse de Cristóbal Colón. El rey Fernando no atendió a los derechos del descubridor. La infanta Juana, apodada "la Loca", que al lado de su madre Isabel había contemplado sorprendida la llegada del Almirante con los primeros amerindios que pisaron el suelo de España, se veía imposibilitada de hacer algo. El Almirante de la Mar Océano, el Virrey y Gobernador de las Islas y Tierra Firme, enfermó y, un año y medio después de su último regreso del Nuevo Mundo, falleció en Valladolid, el 21 de mayo de 1506.

En este año del Quinto Centenario del descubrimiento de América, justo será recordar que Cristóbal Colón fue un hombre de fe, y que su fe poderosa es la que en gran medida explica su extraordinaria hazaña. ◊

---

* Fragmento del libro del autor, *Descubrimientos orientadores*.

(1) Citado en la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, coordinada por Martín Fernández de Navarrete. (Buenos Aires: Editorial Guarania, 1945), t. 2, p. 305.

Ramón E. Betances

UN ENAMORADO DE LA LIBERTAD

Prof. Domingo Mena

TRABAJAR es producir, y producir es servir a la humanidad. Producir cuanto uno pueda y hacer todo el bien que uno pueda, es llevar la vida de un buen ciudadano y de un hombre de bien".

Esa idea, expresada por el Dr. Ramón E. Betances, fue el Norte que dirigió siempre la vida, esfuerzos y hechos del hombre a quien la *Enciclopedia Espasa-Calpe* describe como un "médico, distinguido escritor y célebre político puertorriqueño, nacido en Cabo Rojo el año 1830 y muerto en París el año 1898".

Aunque acepto como correcta la citada descripción de la enciclopedia, siento que no describe por completo la obra de Betances. Para conocerlo mejor, hay que detenerse a estudiar los hechos del médico graduado en la Universidad de La Sorbona, en París, en el año 1853. Hay que revisar su voluminosa literatura científica, que incluyó trabajos acerca de "El Cólera", "Descripción de la Uretrotomía Externa Simplificada por la Uretrotomía Interna", "Osteotomía", "La Vacuna" y otros trabajos científicos, que le hicieron merecedor del premio La Legión de Honor, concedido por el gobierno de Francia.

En su afán de ayudar a los enfermos a librarse de los sufrimientos causados por las enfermedades, el Dr. Betances abrazó la ciencia y fue miembro distinguido de entidades científicas de París, México, Buenos Aires, La Habana, Caracas, Puerto Príncipe, Haití y

República Dominicana, donde se honra su memoria mediante una estatua colocada el siglo pasado en el puerto de la ciudad capital, la principal puerta de entrada al país.

Cuando el Dr. Betances supo que Puerto Rico estaba sufriendo una epidemia de cólera, abandonó París, donde tenía asegurado un futuro promisorio como médico famoso, para establecerse en el oeste de Puerto Rico. En seguida se dedicó a prestar una esmerada atención médica gratuita a los pobres, que agradecidos lo llamaron "el padre de los pobres", título que llenó a Betances de satisfacción.

Mientras luchaba contra el cólera, el Dr. Betances sacaba tiempo para estudiar algunas enfermedades tropicales, como la disentería, dispepsia, tétanos y en modo especial los casos de neumonía. Ese afán de servir a los demás fue la razón por la que el gobierno de Puerto Rico le dio su nombre al Centro Médico Regional de Mayagüez.

Como enamorado de la libertad, se dedicó a combatir la esclavitud en Puerto Rico y tuvo la dicha de verla abolida el 22 de marzo de 1873. Su amor por la libertad lo llevó a proclamar en el año 1867, en las Islas Vírgenes, sus conocidos "Diez Mandamientos de los Hombres Libres", que mencionamos a continuación: 1. Abolición de la esclavitud. 2. Derecho de votar todos los impuestos. 3. Libertad de cultos. 4. Libertad de palabra. 5. Libertad de imprenta. 6. Libertad de comercio. 7. Derecho de reunión. 8. Derecho de poseer armas. 9. Inviolabilidad del ciudadano. 10. Derecho de elegir las autoridades.

El amor por la libertad que sentía Betances lo llevó a sostener económicamente en Europa la publicación de un periódico que él llamó La República Cubana, y a ejercer el cargo de presidente de la Junta Revolucionaria de Cuba en Europa. Llegó a desempeñar el cargo de secretario de la Embajada Dominicana en París y el de ministro de la República Dominicana en Londres. Su amor por la libertad y el bienestar del pueblo no conocía fronteras.

Como hombre de letras publicó *Les deux Indiens* (1852), *Courtisannes de Paris* (1853), *La Vierge de Borinquen* (1859), *Toussaint-Louverture et Petion* (1868), *Libertadores de Haití.* Tradujo las poesías de Tibulo en versos franceses y las *Elegías* de Petrarca en versos castellanos.

La vida de Betances honró otro de sus aforismos personales, que salió a relucir cuando le preguntaron qué preservativos usaba para las epidemias (sociales, políticas o médico-infecciosas) como el cólera. El respondió: "Sólo la limpieza, tanto en lo físico como en lo moral". ◊

EL CENTINELA

Intérprete Bíblico de Nuestro Tiempo

Año 96 — N.º 4

Revista mensual ilustrada, con artículos religiosos y generales, publicada por la Iglesia Adventista del Séptimo Día en español y francés.

Gerente General
Robert E. Kyte

Director
Dr. TULIO N. PEVERINI

Redactor
Lic. Miguel A. Valdivia

Diagramador
Enrique Fuentealba

Director de Ventas
Lic. Efraín Pérez

Interamérica: Juan De Armas

Secretaria Editorial
Sara Taylor

Edición en francés
Daniella Ducret

Corresponsales
Centroamérica y Panamá: Tevni Grajales
Colombia y Venezuela: Mirto Presentación
Estados Unidos: Eradio Alonso, Ernesto Castillo, Onésimo Mejía, Frank Ottati, Juan Prestol, Jorge Soria, Manuel Vásquez
Puerto Rico y la Rep. Dominicana: Dr. Israel Recio, Félix Ríos López

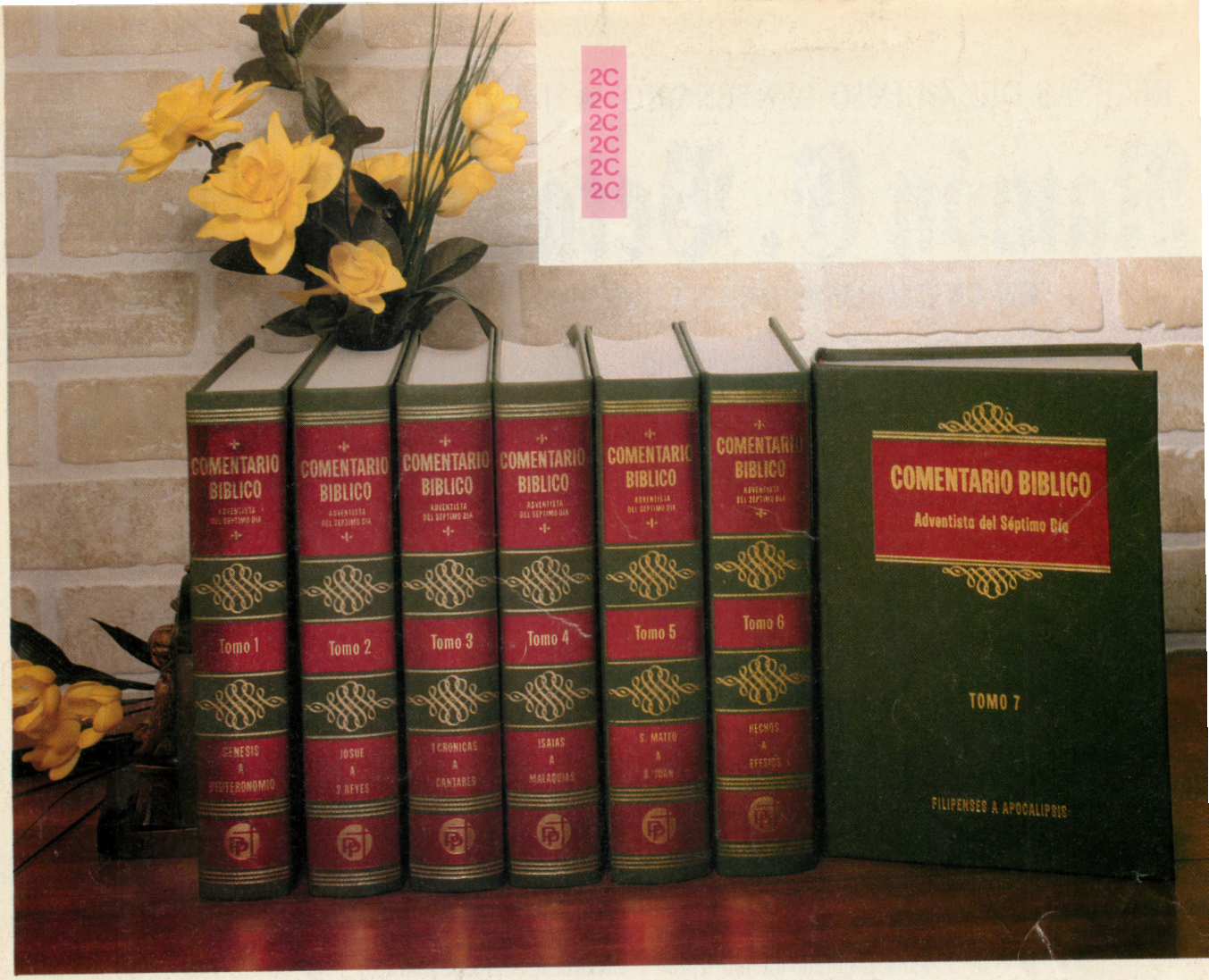
Suscripción anual, dólares 9,50. Número suelto, $1,20. Agregar tres dólares para el franqueo de suscripciones enviadas desde la editorial a países fuera de los EE. UU. Para conseguir información en cuanto al precio en la moneda local, véase la lista de las agencias que sigue.

ANTILLAS HOLANDESAS: Box 300, Curazao. **COLOMBIA:** Apartado 4979, Bogotá. Apartado 261, Barranquilla. Apartado 813, Bucaramanga. Apartado 1269, Cali. **COSTA RICA:** Apartado 10113, San José. **REP. DOMINICANA:** Apartado 1500, S. Domingo. Apartado 751, Santiago. **EL SALVADOR:** Apartado 1880, C. G. San Salvador. **ESPAÑA:** Editorial Safeliz, S. L., Aravaca, 8, 28040 Madrid, España. **ESTADOS UNIDOS:** P.O. Box 7000, Boise, Idaho 83707. **GUATEMALA:** Apartado 218, C. de Guatemala. **HONDURAS:** Apartado 121, Tegucigalpa. **MEXICO:** Apartado 18-813, México 18, D. F. **NICARAGUA:** Apartado 92, Managua. **PANAMA:** Apartado 10131, Panamá 4. **PUERTO RICO:** *Este:* P.O. Box 29176, 65th Infantry Station, Río Piedras, Puerto Rico 00929. *Oeste:* P.O. Box 1629, Mayagüez, Puerto Rico 00708. **VENEZUELA:** Apartado 4908, Caracas. Apartado 525, Barquisimeto.

Por cambios de dirección o reclamos sobre la circulación en los Estados Unidos y Canadá, escribir a: EL CENTINELA, P.O. Box 7000, Boise, Idaho 83707, o llamar por TE a: 1-800-545-2449.

PORTADA:
DARRELL TANK

Copyright © 1992, by
Pacific Press Publishing Association



Comprenda la Biblia mejor que nunca antes

Durante mucho tiempo los cristianos de habla hispana han tenido que conformarse con un grupo reducido de obras de referencia para el estudio de la Biblia. Ahora, por primera vez, ofrecemos al público la edición completa del **Comentario Bíblico Adventista.**

El más moderno y abarcante comentario de las Escrituras en español en siete tomos

- Comenta la Biblia versículo por versículo
- 8.000 páginas, 6 millones de palabras
- 125 mapas a colores y en blanco y negro
- 138 diagramas e ilustraciones
- Extensos artículos explicativos sobre idiomas originales, arqueología, música, cronología, historia y otros temas bíblicos.
- Redactado por 48 especialistas de diversas nacionalidades
- Puesto al día con los últimos descubrimientos y estudios

Refiere a diferentes versiones en español
Aclara pasajes difíciles
Contiene estudios de palabras en griego y hebreo
Envíe este cupón cuanto antes a:

Publicaciones Interamericanas
P. O. Box 7000
Boise, Idaho 83707, U.S.A.

❑ Sírvanse enviarme información sobre cómo adquirir el **Comentario Bíblico Adventista.**
❑ Sírvanse darme más información sobre otros libros de su editorial.

Nombre _____

Calle y N.° _____

Ciudad _____ Estado o Prov. _____

Zip _____ País _____